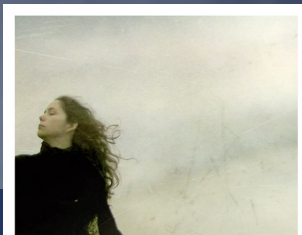


Visita
al territorio de

Pascal Quignard



Pascal Quignard
Las solidaridades misteriosas
Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



Galaxia Gutenberg



La Escalera
Lugar de lecturas

1 Claire

1

Donde él vaya, yo iré.
Donde él viva, me quedaré.
Donde él muera, seré enterrada.

Libro de Ruth

Mireille Methuen se casó en Dinard el sábado 3 de febrero de 2007. Claire fue allí el viernes. Paul no quiso acompañarla. No conservaba ningún vínculo con lo que quedaba de la familia. Hacia las once, Claire sintió apetito. Estaba siguiendo el río Avre. Prefirió dejar atrás Breux, Tillières, Verneuil. A la salida de Verneuil, se detuvo a comer en un área arenosa y vacía.

Era el bosque de L'Aigle.

Atraviesa el *parking* en dirección a una mesita de hierro posada ante un chalet alpino. En la mesita habían colocado una maceta con *forsythias* amarillas. Ante la maceta de *forsythias* está el menú del día, escrito con tiza en una pizarra. Examina el menú.

Un hombre de unos cincuenta años sale tímidamente del albergue. Lleva un delantal a grandes cuadros rojos y blancos.

—Señor, ¿puedo comer ahí, al sol?

Claire señala la mesita de hierro en el exterior.

—¿Pero se da cuenta de que aún no es mediodía?

—¿Le causa un problema cocinar ahora mismo?

—No.

—Entonces me gustaría instalarme ahí, en ese rayo de sol, aunque aún no sea mediodía.

El hombre parece algo remiso. No responde. Se comporta de forma extraña. Examina a Claire atentamente. Esta se le acerca, le toma del brazo, casi le dobla en altura.

—Estoy hablando con usted, le estoy preguntando si puedo sentarme ahí, al sol.

—¿Ahí?

—Sí, ahí, donde da el sol.

El posadero alza sus ojos azules hacia ella.

—Señor, quisiera comer algo, aunque solo sea una ensalada, ahí, a pleno sol, a las once, en pleno mes de febrero —repite ella.

Silencio.

—Señor, me parece que debería usted responderme.

Entonces el posadero se adelanta, retira el letrero, la pizarra donde figura el menú del día, y el tiesto de las *forsythias*.

Lo lleva todo al chalet.

Regresa con una esponja.

Limpia lentamente la mesa.

Al limpiarla, se nota que la mesa está coja.

El posadero se arrodilla. Las raíces han levantado la tierra. Desliza un guijarro bajo una de las patas de la mesa.

Aún con la rodilla en tierra, enarcando las cejas, alza la vista hacia Claire y dice, en tono tranquilo:

—Estaba indeciso, señorita, porque hay un autillo.

Señala con el dedo hacia la copa del árbol.

Los dos al mismo tiempo alzan la mirada.

El aire es ligero y azul.

El roble parece desnudo, pese a que los rayos de sol acarician sus hojitas tiernas.

—Supongo que a estas horas el autillo estará dormido —dice Claire.

—¿Usted cree?

Claire asiente.

—¿De verdad lo cree?

El posadero, aún con una rodilla en tierra y los brazos cruzados sobre la otra, la observa en silencio.

—Estoy segura —dice Claire.

Coge la silla, se sienta ante la mesita, y se echa, suavemente, a llorar.

La cita en la alcaldía es a las diez y media.

Claire ha tomado el desayuno lo más temprano posible (en cuanto la patrona del hotel ha ido a buscar el pan a la panadería), a las siete y cuarto.

A las nueve, va al mercado.

Deambula.

Contempla una cestita de fresas perfectamente fuera de temporada. No resiste las ganas de tomar una fresa, metérsela en la boca, sentir su perfume.

Cierra los ojos. La paladea.

Estaba saboreando una fresa bastante insípida, cuando oyó una voz que le afectó de forma indescriptible. Sintió que el interior de su cuerpo se dilataba, sin entender muy bien qué le pasaba.

Abrió los ojos. Se dio la vuelta.

Un poco más lejos, a la izquierda, una vendedora de verdura ecológica sostenía una animada conversación con una señora de edad avanzada.

Se acercó lentamente.

Las verduras expuestas a la venta en aquel puesto no tenían un aspecto magnífico: su apariencia era penosa; el volumen, informe; la piel estaba llena de tierra.

La voz procedía de una dama pequeñita que estaba ante ellos.

Llevaba un delantal blanco y —por encima— un pañuelo con un motivo rosa de florecillas sobre fondo negro, demasiado pequeño para la masa de su cabello. La señora vieja estaba preguntando cómo estaban los puerros.

A Claire le gustaba su voz, que oía a diez pasos de distancia.

Adoraba aquella voz.

Buscaba el nombre que darle a aquel timbre tan claro, a aquella especie de oleaje de frases rítmicas que la atraían. La voz ascendía de las lechugas romanas y de las remolachas negras. La voz pidió, bruscamente, con autoridad, un manojo de rábanos. Luego la voz pidió unas acelgas, y entonces los ojos de Claire Methuen ya se llenaron de lágrimas. No llegó a llorar, pero con la vista empañada vio, sin extrañarse, la mano y el anillo, que surgían por encima de las grandes hojas oscuras de los ramos de

espinacas, para alcanzar la bolsa deslucida, de papel reciclado, que le tendía la vendedora.

Claire empujaba a la gente que hacía cola.

Los que formaban la cola se pusieron a murmurar y a refunfuñar.

—Señora Ladon —murmuró Claire, muy bajito.

Nada. La anciana no se volvió.

Repitió más fuerte:

—¡Señora Ladon!

Vio que la espalda de la anciana se contraía y su rostro se volvía lentamente hacia ella. La anciana tenía ojos castaños y gafas doradas. Alzó la mirada hacia el rostro de Claire y pareció muy intimidada al encontrarse ante aquella joven tan grande, tan alta, el doble de alta que ella, que la llamaba por su nombre. La señora Ladon no reconoció de inmediato a Claire. Estaba observándola cuando un señor, cubierto con un sombrero suizo, exigió a Claire que se pusiera al final de la cola.

—Señora Ladon —repitió Claire.

Claire tomó la bolsa de la compra de manos de la vieja. La dejó en el suelo. Le tomó la mano, le acarició los dedos, tan bellos, tan transparentes, tan articulados, tan apergaminados. Los acarició de uno en uno, como solía hacer tiempo atrás. La mirada de la anciana se había endulzado. Tenía el cabello muy fino y blanco, un poco azul. Algunos mechones blancos flotaban sueltos alrededor de la cara.

—No me lo puedo creer. ¿Eres la niña de los Methuen?

Entonces se apartaron en silencio de la cola y del mostrador.

—¿Has vuelto?

—Usted también, señora, ha vuelto a Bretaña. ¿Ha vuelto a Saint-Énogat^[1]? —preguntó Claire.

—Exactamente.

La tendera estaba tan emocionada como parecían estarlo las dos mujeres —era una tendera muy comprensiva. Depositó junto a la balanza la segunda bolsa de papel reciclado de la que asomaban los puerros. Los rábanos eran tan pequeños como grosellas y eran mucho más pálidos.

—Eres la hermana mayor de Marie-Hélène —dijo la señora Ladon con dulzura.

Claire asintió. No era capaz de decir nada. Se le cerraba la garganta.

—¿Y el pequeñín?

—Paul está en París.

—Tengo que acabar las compras, pero prométeme que antes de irte vendrás a verme a casa sin falta.

—¿Cuándo?

—Ven a verme, a Saint-Énogat, esta tarde después de comer.

—Esta tarde no puedo, es la boda de Mireille.

—¿La hija de Philippe Methuen se casa?

—Sí, hoy se casa Mireille, pero mañana aún estaré aquí.

—Entonces mañana domingo. Después de misa, cuando quieras.

—¿En la misma casa de siempre?

—En la misma.

Ya era de noche. Claire había bebido demasiado vino durante el banquete de boda. En la habitación de hotel, con el mapa de la ciudad desplegado sobre la cama, verificaba cómo ir en coche, a partir del hotel de Dinard, a casa de la señora Ladon, en Saint-Énogat. Luego se durmió.

A las nueve, tomó el desayuno en el cuarto.

Desplazó el sillón hasta la ventana.

Encendió un cigarrillo. Buscó en el listín telefónico del hotel abierto sobre las rodillas los nombres de su infancia. Encontró el nombre de Évelyne. Los timbrazos resonaron en el vacío. Ella no estaba en casa. No había contestador.

No encontró el nombre de Simon Quelen.

Encontró el nombre de Fabienne Les Beaussais.

Fabienne respondió a la primera.

—Soy Claire. Claire Methuen. ¿Te acuerdas de mí?

—Estás loca. Es domingo.

—¿Te acuerdas de mí, de Claire Methuen?

—Sí, claro, claro que me acuerdo.

—¿Te he despertado?

—Sí.

—¿Estás sola?

—Sí.

—Entonces ven a desayunar conmigo.

Quedaron en el café del puerto, La Barque de Festivus, frente al transbordador a las islas.

Fabienne dejó la bici de Correos en la acera, cerca de la mesa donde Claire estaba ya sentada con una taza de café.

Claire se incorporó pero no llegaron a besarse. Se rozaron las mejillas con los labios. A continuación Fabienne llevó una silla a la acera y se sentó a su lado.

—¿A que te rompe los esquemas? Tu mejor amiga es cartera.

—¿Por qué dices eso, Fabienne?

—¿Acaso cuando eras niña tú soñabas con ser cartera?

—No, no es que soñase con eso, pero está muy bien.

—¿Y tú?

—Otro café. Dos cafés más, por favor. ¿Quieres un *croissant*? Yo, sigo traduciendo.

—¿Cuántos idiomas dominas? ¿Hablabas diez? ¿Hablabas veinte?

Claire se encogió de hombros.

—Pues yo pensaba que te harías pianista.

—Ayer vi a la señora Ladon.

—Me lo dijo cuando pasé por su casa.

—¿La ves a menudo?

—¿Y cómo no la voy a ver? Cada día le llevo el correo y el periódico. ¿Qué tienes? ¿Te has hecho daño?

Fabienne adelantó la mano para tocar la herida que Claire tenía en la mejilla.

—Es el viento.

Durante media hora hablaron de todo, de nada, guardaron silencio, se miraban, la marea bajaba, los barcos se inclinaban, el viento olía a cieno.

—Tengo que irme —dijo Fabienne. No puedo invitarte. Mi amigo viene a comer.

Se levantaron. Caminaron por el muelle, Fabienne empujaba la bici de Correos por el muelle.

—¿Fabienne?

—Sí.

El murete estaba demasiado mellado y húmedo para poder poner la mano en él.

Claire le preguntó a Fabienne:

—¿Simon sigue aquí?

—Sí.

—En el listín no le he encontrado.

—Claro. Es que se ha instalado en La Clarté. La farmacia de sus padres la ha realquilado, y él gestiona la pequeña farmacia del puerto de La Clarté. Ahora es el alcalde del pueblo.

Fabienne añadió:

—Su hijo está enfermo. Él, su mujer y su hijo viven en Saint-Lunaire.

—¿Gwenaëlle?

—Sí, ella. Es lógico, ¿no?

—Es lógico.

Se habían detenido ante el pórtico de la playa de Dinard.

Las dos tenían la mirada puesta en la vieja rampa de madera, pero no la veían.

Las dos creían estar hablando, pero ya no se hablaban.

Fabienne montó en su bici.

Claire miraba en silencio el aire vacío y blanco sobre el mar.

Se despertó bruscamente. Estaba en la playa, recostada sobre una roca. Una niña le daba golpecitos en la pierna.

—¡Mira!

La niña acercó mucho su cara a la cara de Claire, que había vuelto a quedarse dormida.

—¡Pero mira!

Entonces abrió las manitas, de las que surgió un pequeño cangrejo pálido, todo translúcido, que inmediatamente se ocultó entre sus dedos minúsculos. Cayó a la arena. Trató de enterrarse en ella. Corrió en diagonal por los surcos de arena.

La niña, a cuatro patas, logró recogerlo y ponérselo en la palma de la mano.

—Hago una fábrica de cangrejos. ¡Mira! Allí, llega el agua —dijo la pequeña volviendo la cabeza hacia Claire, mientras con el brazo le

mostraba el espigón donde había instalado su fábrica.

—¡Te has vuelto a dormir!

La pequeña daba golpecitos a Claire.

—¿Por qué tienes los ojos tan negros?

Escaló las rocas, una por una. Caminaba por la landa, sobre musgos, entre brezos y retamas. Volvía a los lugares de su infancia. Reconocía los bloques de granito, los matorrales, los senderos, los viejos muros, las escalinatas escarpadas, el mar, el estruendo del mar. Los volvía a descubrir con impaciencia.

Para llegar a La Clarté, si se viene de Dinard por el sendero de los aduaneros, hay que pasar por Port-Salut, Port-Riou y Saint-Énogat, pasar junto al nuevo centro de talasoterapia, subir hasta la cima de la colina.

Después del promontorio de la Roche-Pelée, hay que seguir subiendo por un camino bastante empinado hasta alcanzar la meseta.

A partir de ahí, es más salvaje. Es la landa. En el extremo de la meseta se encuentran las Piedras Tumbadas, junto a las que se alza la capilla de Notre-Dame de La Clarté. Para cruzar la landa y el yermo hay dos horas de camino. Si uno vuelve a descender, justo antes de llegar a Plage-Blanche, y se asoma, verá el precipicio que cae a pico hasta el mar, pero no puede ver el puerto, porque está tan en vertical respecto a la capilla que no se distingue.

El puerto solo puede verse desde el mar.

E incluso desde el mar, el pueblo de La Clarté, pegado al acantilado, no se distingue bien.

Se ve un poco la ropa tendida al viento.

Se ven las antenas parabólicas de televisión.

Solo si uno las conoce puede adivinar las casas antiguas, graníticas, negras, dispuestas en terrazas, en parte hundidas en el acantilado, escoltadas por las escalinatas excavadas en el granito, oscuras, poderosas, con escalones altos e innumerables.

En lo alto del acantilado, quieta, de cara al viento y al cielo, vuelve a ser feliz.

Oye el mar, allá abajo.

Cierra los ojos.

Entonces, poco a poco, muy lejos, en las recámaras profundas de su memoria, oye el lavamanos de porcelana que volcaba agua ruidosamente en la jofaina de loza del dormitorio de su tía.

El cubo de agua que llenaban en el fregadero, retirando el pedazo de madera que bloqueaba la manguera de goma negra que venía de la cisterna, situada encima del techo de la granja.

El ruido de su tía Guite, Marguerite Methuen, la cuñada de su padre, que sujetando el molinillo de café entre las piernas molía los granos crujientes. Luego fue el ruido del hacha en la leñera para hacer leña pequeña, y el ruido de la podadera cortando las aulagas. Sus primos eran mucho mayores que ella. Iban por el río a cortarlas y atarlas en gavillas. El mayor de los primos, Philippe Methuen, era el padre de Mireille. Él se hizo cargo de la granja. Ella, de niña, les observaba formar las gavillas. Siempre la mantenían al margen de sus tareas. Ella les observaba con mucha curiosidad. Ya trabajaban en la granja. No la soportaban porque ella era brillante en los estudios, porque era una niña, porque su madre siempre la protegía. Paul, su hermano pequeño, estaba interno en Pontorson. Solo se le veía en las vacaciones de verano. Solo entonces había que soportar sus lloriqueos, durante el mes de agosto.

Ahora oye otro ruido que suena en su interior; está perforando conchas; perfora centenares de conchas; luego les pasa un hilo rojo; con los caracoles hacía cascabeles. Con unas tijeras recortaba envases de cartón de agua y de cerveza que luego pegaba con cola de harina. Fabricaba casas para los caracoles, para los saltamontes, para las ranas, para las orugas.

Miraba con una especie de exaltación incesante cómo las orugas se transformaban en mariposas.

Finalmente percibió, en un relámpago, al fondo de su memoria, a ocho vacas sucias en el camión rojo bajo la lluvia, lavadas por la lluvia; ocho vacas relucientes de lluvia; y también un coche con el motor quemado, ahogado en la lluvia, un coche empotrado en el antepecho del acantilado.

A los mirlos caídos les construía nidos y les preparaba banquetes a base de miga de pan y leche, con la esperanza de salvarles.

2

Pasó las Piedras Tumbadas. Descendió. El descenso siempre había sido vertiginoso. Seguía siendo vertiginoso. Comenzó a bajar, lentamente, los centenares de escalones a pico sobre el mar. Procuraba no asomarse. Sin embargo, pese al vértigo, y aunque no quisiera ver, vislumbraba abajo las barcas de pesca que volvían al puerto.

Vio el transbordador que partía hacia Saint-Malo, perseguido por las gaviotas.

Una trainera esperaba a que pasase el transbordador.

Su estela se borró en el instante en que entró en el canal.

Las gaviotas abandonaron la persecución del transbordador de las islas para volver hacia ella.

Más lejos, estaba el pequeño faro cilíndrico y blanco, en lo alto de la torre de baliza que señalaba el puerto de La Clarté.

Una vez llegó abajo, visto desde ahí, todo era pequeño, todo era mucho menos angustioso y menos invisible. Alzabas la cabeza, y veías un viejo puerto distribuido en pisos, al abrigo de los bandidos, de los aduaneros, de los ingleses, de los corsarios, de los gendarmes, de los alemanes, de los normandos, del viento. Las fachadas de las casas del muelle eran muy estrechas. Las tiendas se apretaban las unas a las otras, cada una con una sola ventana. El panadero-pastelero ni siquiera tenía ventana, y en cuanto hacía buen tiempo sacaba fuera unas mesas donde vendía *crêpes* y panes de dos libras. Sobre una puerta vidriada se alzaba el neón azul del café del puerto. Luego estaban el vendedor de zapatos de marca, la tienda de tabaco y prensa, y por fin la escalerita que llevaba a la vicaría y que luego conducía, ensanchándose, a los doce escalones de la iglesia de La Clarté.

La farmacia se encontraba en la esquina de la oficina de Correos, ante el pequeño edificio del callejón de los Degrés-du-Marché.

La persiana estaba echada.

Estaba cerrada.

Por encima del muelle se superponían, en terrazas, unas sobre otras, o en placitas sucesivas en lo alto de las escaleras, las treinta o cuarenta viejas casas con el tejado de pizarra, todas apretadas contra el acantilado y más o menos hasta la mitad de su altura.

Todas las calles eran escaleras. No podía circular ni un coche, ni un ciclomotor, ni una bicicleta, ni un triciclo, ni un patín. Era el pueblo más silencioso del mundo. Ni siquiera el ruido de una segadora de césped. No había espacio para cultivar ningún jardín, ni bastante tierra para que un arbusto echase raíces. De ahí que en todas las ventanas hubiera jardineras, pequeñas glicinas, jacintos de invierno, viejos geranios, pensamientos.

En conjunto, en el puerto de La Clarté se decía que había que subir setecientos escalones si se quería llegar a las Piedras Tumbadas y la capilla de Notre-Dame.

Pocos se animaban.

Para hacer la compra, lo mejor era bajar al puerto. O bien esperar al día del mercado. O bien se tomaba el transbordador y se hacía la compra en Saint-Malo, en Cancale o, más cerca, en Saint-Briac o en Dinard.

Se va, sube a la pasarela, toma el transbordador que la deja ante La Gonelle, en el puerto de recreo de Dinard.

Vuelve a cruzar la playa. Sube la colina. Sigue el camino de los aduaneros hasta Saint-Énogat. La marea está subiendo. Es la marea de la luna nueva. El mar de la luna nueva, en el vacío cielo nocturno, levanta las olas más altas del mes. Es el momento en que el oleaje encrespado lanza su masa más espumeante, cuando el ruido del mar resulta más ensordecedor. Las olas rompen muy por debajo de Claire, pero aun así le salpican la cara y lanzan su espuma por encima de su capucha, que continuamente le cae hacia atrás. Ella avanza a la carrera por el camino cimentado, impulsada por la fuerza del viento, porque en la borrasca caminar poco a poco cuesta mucho.

La capucha ya no se sostiene. El viento le agita la melena rubia. La alza como una antorcha húmeda y amarilla. Ella se pone deliberadamente de cara al viento y sigue avanzando lo más rápido posible.

Llega completamente empapada a casa de la señora Ladon.

Se quedó dos horas en casa de la señora Ladon, llamó a un taxi, volvió al hotel, recogió el equipaje, pagó en recepción, volvió a subir al taxi, y volvió a casa de la señora Ladon, donde se quedó cuatro días.

Luego volvió a París.

Luego se tomó diez días de vacaciones.

Aquellos diez días los pasó en Saint-Malo, en el piso de una amiga de la señora Ladon que solo lo ocupaba en verano. Iba una vez al día a casa de la señora Ladon, para almorzar o para cenar. Alquiló por nada un viejo Cuatro L, que, cuando tomaba el tren a París, dejaba en el garaje de la Estación Marítima.

3

Está en Versalles. Está en el jardín.

Pese al frondoso ramaje del laurel, la tierra fértil recibe algo de la luz del sol.

Junto al muro, ocultos por el bordillo de cemento que ciñe el parterre, en un pequeño surco, cerca del boj esférico, ve los dos pétalos de una primula roja, que trata de alzarse hacia los túneles de claridad dispar que se filtran entre las ramas y las hojas.

Un islote de luz se dilata sobre el musgo.

Un caracolito encantado la devora.

Claire se acuclilla ante el pequeño caracol. Y le susurra: «Habría que volver a plantar árboles. Habría que cortar las ramas del laurel. Habría que aserrar esa rama gorda con la que siempre choco. Habría que plantar más flores. Habría que remover la tierra. Ahora es justo el momento para sembrar un bonito césped verde». Pero el caracol vacila en responderle. Por un instante adelanta la cabeza y luego vuelve a meterla en la concha. Entonces ella siente que un agua le corre suave y copiosamente por la espalda. Se incorpora. Descubre que tiene el cuerpo entero empapado en sudor. Hasta el vientre lo tiene cubierto de sudor. La angustia es una compañera tan antigua. Quizá no sea la compañera más agradable del mundo, pero es una buena consejera. La garganta que se cierra es un hada, aciaga, cruel, pero que sabe interpretar admirablemente las cartas que reparte el tiempo. Ella ya nunca lucha de frente contra la angustia. Demasiado bien conoce sus estratagemas, y sus vértigos.

Con una mano coge la lata de pintura vacía, con la otra arrastra la lona manchada hasta el cubo de basura.

Luego Claire remonta lentamente la avenida de las bellas quintas versallescas.

Cierra el candado de la cadena que abraza los barrotes de la verja.

Luego vuelve a bajar la callejuela, procurando que sus zapatos de tacones altos no resbalen sobre los adoquines y el musgo. Deja la callejuela con una energía progresiva. Súbitamente mira, con consternación, todas esas bonitas quintas a su alrededor, esos suntuosos pequeños pabellones que le parecen de pacotilla hechos a base de yeso, de reminiscencias y de madera de cerillas. Las macetas en los balconcitos son lamentables. Los gruesos junquillos recién comprados son demasiado coloridos, demasiado robustos. Parecen de plástico. Ni siquiera se inclinan al viento.

Apoya la cabeza en el vidrio de la ventanilla entreabierta del tren.

El aire fresco circula.

Va en el TGV a Saint-Malo.

Mira el campo, los campos, los setos, las marismas.

Mira los muérdagos que estrangulan las viejas pequeñas encinas en los surcos que demarcan las lindes de los campos.

De repente, se levanta. Se acerca al hombre de negocios que habla por teléfono móvil, un poco más allá, junto al pasillo.

—Disculpe, señor.

—¿Sí?

—¿Puede usted hablar más bajo?

—Sí.

—Pues inténtelo.

El hombre de negocios se levanta y se va con su teléfono móvil a la plataforma del vagón, donde el lavabo.

En el *parking*, abre la portezuela del Cuatro L, cubierto de una fina capa de polvo.

Avanza lentamente.

El río se funde con la bahía.

Detiene suavemente el coche en la hierba.

Sale.

Observa el resplandor chorreante, líquido, de la luz que se proyecta sobre las rocas, a lo largo del mar completamente blanco, inmenso.

A lo lejos ve Saint-Malo.

Hasta alcanza a ver la isla de Cézembre.

Camina por la hierba y los helechos.

Lleva los zapatos de tacón en la mano. Está feliz. Porque en cuanto ha visto la bahía, cuando ha visto la fábrica de energía mareomotriz, ha recobrado la alegría. La alegría la llena, la desborda. Sus largas piernas desnudas avanzan por la hierba fresca de la primavera, y Claire recibe el aire mojado en la frente, en la nariz, en las mejillas, en el dorso de las manos.

Camina largo rato en silencio.

Cuando regresa, ha subido la marea.

Ya no puede pasar por las rocas para llegar al coche.

Tiene que seguir la avenida. Se inclina. Se pone los zapatos. Camina sobre el asfalto para volver al *parking*.

Camina por la gravilla mezclada con hierba que bordea el asfalto de las carreteras.

Detrás, el mar está blanco.

Llueve lentamente sobre ella.

Una trenca marrón oscuro demasiado corta, con una capucha que cae hacia atrás, dos rodillas desnudas que asoman: eso es Claire.

El domingo 29 de abril de 2007 hizo buen día. Paul vino a pasar el *week-end*. Se podía cenar fuera. Estaban cenando, frente a frente, en el rumor de los cascos y los mástiles que entrechocaban. Habían bajado al puerto de recreo de Dinard. El aire solo era un poco fresco. Claire le explicaba a Paul por qué estaba pensando en quedarse allí por algún tiempo. ¿Podría él prestarle un poco de dinero?

—Sí.

¿A él no le gustaría comprar algo aquí?

—Desde luego que no.

Ella sonrió.

—Y tu trabajo, ¿qué?, —preguntó Paul.

—Puedo hacerlo en cualquier sitio —responde Claire. Puedo hacerlo por escrito. Ese no es el problema.

—¿Dónde está el problema?

—Estoy harta de que me necesiten.

—¿No es eso una suerte?

—Estoy harta de servir.

—¡Dios mío!

Entonces se callaron.

Los dos habían crecido en el estuario del Rance, pero no habían crecido juntos. Solo pasaban juntos un mes, en verano, cada verano. Cuando sus padres murieron, cuando su padre, su madre y Lena murieron, Claire tenía nueve años y Paul, cuatro. Paul solo era un niño con el que ella no podía ni jugar ni hablar, que por cualquier cosa se echaba a llorar, que se sometía a su destino, al que ella despreciaba. Luego, después de la muerte de su tía, a ella se la retiraron a su tío y los dos fueron puestos bajo tutela del consistorio. En verano ella se ocupaba de Paul, entonces le vestía, le enseñaba idiomas. Ella se casó muy joven, a la primera ocasión, para poder emanciparse. Tuvo dos hijas que cuando obtuvo el divorcio se quedaron con su padre. Abandonó el domicilio conyugal justo después de que naciera la segunda, Juliette. Cuando ella se marchó, Juliette solo tenía seis días. A esas dos hijas, Paul ni siquiera había llegado a conocerlas. Así pues, Paul y Claire apenas se conocían. Se telefoneaban el 17 de mayo y el 26 de agosto, por sus aniversarios, y el día de san Paul, el 29 de junio, y el de santa Claire, el 11 de agosto, y en fin, por san Silvestre, a medianoche. En total cinco veces al año. Eso era todo.

Al buey de mar, antaño, su tía Guite lo llamaba con el nombre bretón de *houvet*.

Ella desplaza su copa de vino blanco sobre el mantel blanco.

Es el éxtasis del *houvet*.

Le parte las pinzas. Trata de partirlo por la mitad, lo desgarrá ruidosamente, entra en el interior del buey de mar, imagina la vida bajo el agua, peligrosa en las grietas, profunda en la oscuridad, bajo las algas, en la noche rumorosa y agitada del mar. Está feliz. Ella también tiene la frente abombada, como el buey de mar. Encorvada, con la cabeza por delante, empuja su caparazón abombado bajo las algas, tiende las pinzas hacia los pececitos que se escurren, las algas que se deslizan, los hipocampos que ascienden.

Cuando trocea un buey de mar, ya no se la oye hablar.

Ya no es de este mundo, de tan feliz que se siente en el interior de su cangrejo.

Paul regresó a París a la mañana siguiente, lunes, con el primer tren de la mañana. Claire le llevó en coche a la estación.

Desde la estación del TGV Claire pasó por Saint-Servan y aparcó en la plaza del mercado de Dinard. La librería estaba abierta. Empujó la puerta. Olía a pintura.

—¡Está cerrado! ¡Es lunes!, —gritó desde el fondo de la tienda un hombre que estaba pintando una estantería.

Claire se presentó. Évelyne no estaba. Aquel hombre era un amigo suyo que había venido a pintar. Se llamaba Yann. Daba clases de alemán en el instituto. Yann se sacó las gafas y le dijo:

—Es lunes. Se ha ido a Rennes. Estará fuera todo el día.

—¡A Rennes!

Se quedó mirando fijamente al hombre, sin saber qué hacer a continuación.

—¿Así que usted es el genio de los idiomas?, —preguntó Yann.

Ella se encogió de hombros. Él le habló en alemán. Ella respondió en alemán.

Yann le dijo en bretón:

—Le diré que ha pasado usted a verla.

Ella respondió en bretón:

—No le diga nada. No tiene importancia.

—¡No cierre la puerta!

Fabienne camina por el interior del campo, sobre terrones. Claire camina entre zarzales. Noëlle prefiere andar por la calzada alquitranada de la carretera, con los pies secos, lleva la bolsa de papel llena de los bocadillos comprados en la panadería de la plaza Jules-Verne.

Évelyne, por encima de ellas, saltando de roca en roca, lleva en la mochila las bebidas.

Los cuellos de las botellas asoman sobre los hombros de Évelyne.

Las cuatro atraviesan la landa situada encima de Saint-Énogat. Es un paseo interminable.

No hay nadie.

Durante los días laborables los senderos están desiertos.

Los campos, los bosquecillos, los matorrales, los jardines, las villas, las carreteras, los caminos, la landa, todo está inmóvil y vacío.

Claire está sentada. Dice que no sacudiendo su rubia melena. No tiene sed. Noëlle bebe cerveza directamente del gollete. Évelyne explica que Gwenaëlle dejó de trabajar en la farmacia hace dos años, debido a los problemas del hijo: no aprende a contar ni a leer.

—Sabe jugar muy bien a los cubos pero es incapaz de resolver un puzle.

—¡Ah!, —dice Fabienne Les Beaussais, que parece muy impresionada.

Vacían el termo —el resto de café— en la hierba de la landa.

Siguen sentadas en la hierba.

Todo está silencioso.

Aún no hay saltamontes, mariposas, cigarras, abejas. Es como si oyeran su silencio. No hay viento. Todo está vacío.

Las nubes se van deshaciendo silenciosamente, una detrás de otra, dejando pasar cada vez más luz.

Y esa luz inunda la landa.

A ella aquel lugar le gustaba. Le gustaba el aire, tan transparente, gracias al cual todo estaba más próximo. Le gustaba aquel aire tan vivo, donde todo se oía mejor. Sentía la necesidad de reconocer todo lo que había vivido. Sentía la necesidad de recuperar todo lo que aquí, tiempo atrás, descubrió del mundo. Y en efecto, poco a poco iba recordándolo todo, los nombres, los lugares, las granjas, los arroyos, los bosques. No se cansaba de caminar por las calles, de observar las fachadas, de reencontrar las villas, los jardines, los bosquecillos de especies tan diferentes, toda clase de zarzales, setos, fosos, taludes, no se cansaba de encaramarse a los bloques de granito, de contemplar las flores silvestres, los campos de algas, las rocas, los pájaros. Amaba aquel país. Amaba aquella playa tan

violentamente escarpada, tan negra, tan recta, tan vertical al cielo. Amaba aquel mar.

Bruscamente dio media vuelta. Volvió a cruzar la calle a toda velocidad. Abrió la puerta sin llamar. Gritó:

—He vuelto a por el chubasquero, me lo había dejado en la silla.

Oyó a la señora Ladon que gritaba desde el primer piso:

—¿Estás segura de que lo que te has dejado no es la cabeza en la almohada esta mañana al levantarte?

—¡No, el anorak!

Murmura:

—Hasta luego, señora Ladon.

—¡Hasta luego, señora Ladon!, —gritó la señora Andrée.

—Hasta luego, Andrée —aulló la señora Ladon.

Un portazo en la entrada.

Por la noche, en cuanto sonaba el portazo en la entrada, la señora Ladon se levantaba y a pasitos claudicantes pero determinados se dirigía a la cocina.

Siempre había que esperar a que la señora Andrée, la asistente de la señora Ladon, se fuese.

—¡Ya puedes venir!, —gritaba desde la escalera en dirección a Claire, que estaba en el primer piso tecleando una traducción en su ordenador portátil.

La señora Ladon abría la nevera. Sacaba una botella de moscatel de Liré. Llenaba las copas de cristal que había dispuesto sobre la bandeja. Sacaba de la nevera unas ramas de tomatitos *cherry*. Echaba una docena en un cuenco transparente.

—¿Dónde están los bastoncitos al sésamo?

—Ahí delante.

—¿Dónde?

—Ahí, en tus narices. Andrée me cae muy bien, es perfecta, pero no te puedes imaginar lo nerviosa que me pone.

La señora Ladon se había puesto a cortar taquitos de queso *gruyère*.

De repente alzó el cuchillo.

Apuntó con él a Claire.

—No tenemos bastante vino para esta noche. Así que baja a la bodega. Tiene que quedar algo de Chablis del señor Ladon. Considero que esta noche nos hemos merecido el Chablis.

La señora Ladon alzó prudentemente la bandeja.

—Ya la llevo yo —dijo Claire.

—Cariño, no nos queda vino. Encárgate del vino. Yo no puedo arrastrar mi pobre pierna hasta la bodega.

—Vale.

—Lleva una vela.

Claire buscó alguna vela en el cajón del armario, buscó cerillas junto al calentador de agua. Protegió la llama con la mano. Bajó al frío húmedo de la bodega, que olía a tierra.

Volvió a subir con tres botellas de vino de Chablis.

—Tiene que instalar luz en la bodega, señora Ladon. Los escalones son muy altos.

—Yo siempre quise ponerla, pero el señor Ladon no. Decía que esas cosas no se hacen. Aseguraba que el vino tiene que descansar en la oscuridad.

—Yo me encargaré de eso —dijo Claire.

Era de noche. Una lluvia fina batía el cristal del ventanal.

—Te he hecho una sopa de navajas.

—No me quedo a cenar.

—¿No te quedas a cenar?

—No, solo me tomo el aperitivo y vuelvo.

—¿Por qué?

—Usted me dijo: a comer o a cenar, pero las dos cosas, no.

—Es verdad, recuerdo habértelo dicho —convino la señora Ladon—. Me equivoqué. De verdad, fue un error.

Alza la mirada hacia Claire, que está fumando, de pie ante el ventanal entreabierto.

—Claire, se me ha ocurrido otra cosa. Mañana es el día de la Ascensión. Mi amiga siempre llega la primera semana de julio. ¡Saca la agenda! Dime en qué día cae.

—El primero de julio cae en domingo.

—Entonces ella llegará el sábado.

—El 30 de junio.

—Exacto. Tendrás que dejar el piso donde estás y poner orden. Enviaré a Andrée para que lo limpie.

—No necesito a Andrée. Ya me las apañaré sola.

—A mí me da igual. Entendeos las dos. Pero ahora lo que quiero decirte, antes de que te entristezcas y te pongas a buscar otro sitio, es que quisiera que fueses a ver la granja del señor Ladon.

—No sabía que tenían una granja. A usted nunca me la había imaginado como una granjera.

—Yo no voy allí nunca.

—¿Dónde está?

—En la meseta de Saint-Lunaire. ¿Sabes esa meseta que está en la landa?

—Sí, la conozco. Pero en la landa no hay casas.

—No lo creas. Son edificios muy bien escondidos.

—¿Pero dónde?

—Detrás de las Piedras Tumbadas y la capillita de Notre-Dame de La Clarté, por encima del puerto.

—¿Encima del viejo puerto de La Clarté?

—Sí, pero encima del acantilado. Casi en medio de la landa. Un kilómetro antes de la granja de La Tremblaie.

—No lo he visto nunca.

—Yo te lo enseñaré. Me llevarás con tu coche nuevo.

—No se puede ir en coche sobre el acantilado.

—Pues iremos andando.

—Mire, de vez en cuando, a la hora del almuerzo, voy allá con Noëlle, Fabienne Les Beaussais y Évelyne, de pícnic. Es un trayecto interminable. Hay que caminar mucho.

—Yo puedo caminar perfectamente. Por lo menos cuando se lo exijo a la pierna, camino. Recuerdo que hay un bosquecito de avellanos.

—Sí que es verdad.

—Bueno, pues la granja está camuflada allí. O mejor dicho, está al abrigo del bosque. Esta granja es la que la familia Ladon me dejó a cambio

del bonito piso de Toulon. Escucha, pequeña, primero ve con Andrée a echarle una mirada. Mirad si entre las dos la podéis arreglar un poco. Si está habitable. Por lo menos para pasar el verano. Ved lo que haya que hacer. Te lo advierto, no es un hotel de lujo. Es una granja, como las de antes. De todas maneras tú ve a verla, ya me dirás qué te parece. Si está en demasiado mal estado, tendré que decidirme a venderla, ya me dirás.

—Vale, ya le diré.

La señora Ladon abre el cajón que está bajo la mesa baja.

—Ten, la llave.

Claire coge la gruesa llave de hierro.

Al alba repican las campanas. Redoblan. Es la Ascensión. Ella ve la gruesa llave que anoche dejó sobre la mesita de noche. Telefonea a Paul.

—Feliz aniversario, mi querido Paul.

—Me has despertado.

—Espero ser la primera. Tienes cuarenta y dos años. Un beso.

Antes de que su hermano tenga tiempo de responderle, apaga el móvil.

La señora Ladon regresa de la misa vespertina. Claire ha preparado el aperitivo. Claire la está esperando. Cierra la contraventana.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señora Ladon?

—Claro, pequeña.

—¿Por qué ya no tiene el piano?

—¿Así que lo has notado?

—Un piano de cola se nota.

—Ven a ver qué he puesto en su lugar.

La lleva al fondo del cuarto; delante de la puerta vidriera hay varias plantas de papiro en grandes macetas de cobre martilleado. En medio, en lugar del piano de cola, hay una mesa orientada hacia el jardín. Una vela aromática, una taza de té vacía, una pila de seis o siete DVD. En el centro, un lector de DVD.

—Cuando estoy sola veo películas. Dos cada día. Una sesión a las dos de la tarde. Otra sesión a las ocho de la tarde.

Coge de la mesa la pequeña pila.

—Las manos me dolían demasiado para que me trajesen el piano de vuelta aquí. Los dedos ya no me obedecían como antes. Se arrastraban

detrás de mis ideas. Se arrastraban tras el canto que yo esperaba hacer surgir. Con las películas estoy mucho más satisfecha. Incluso soy más feliz. Muy feliz. También las saco de la biblioteca municipal. Las novedades que me interesan las compro en Saint-Malo, en una tienda que queda cerca del hospital. Pero la verdad es que más bien vuelvo a ver las que me gustan.

—¿Cuáles son sus DVD preferidos, señora Ladon?, —pregunta Claire.

—Ven a ver.

Y las dos se zambullen en la contemplación de las películas preferidas, de los pósteres preferidos, de las imágenes preferidas, de las estrellas preferidas.

—Mi vida está muy regulada. Por la mañana, a las nueve, cuando Fabienne me trae el correo, leo el periódico. A las once, si la pierna me lo permite, salgo a hacer recados. Si no, Andrée se encarga de hacerlos por mí. De todas formas, Andrée llega cada día a las once. Almuerzo viendo la tele. Descanso un poco. Cuido las plantas del jardín. En realidad deambulo un poco por el jardín, porque las tijeras de podar ya no puedo manejarlas. Las rosas marchitas las arranco con las manos, aunque no esté bien. Luego pongo agua a calentar para el té. Escucho música en el tocadiscos del señor Ladon. Luego, llega el momento tan esperado del aperitivo. Ceno. Segunda sesión a las ocho. Me aseo antes de acostarme.

—Hoy no te ofrezco que te quedes a cenar, mi pequeña Claire, porque estoy un poco cansada.

—No se preocupe. No me quedo.

—En casos así prefiero estar un poco sola. Mañana es día de fiesta. Es Pentecostés. A ti, Claire, ¿te gusta estar sola?

Claire está de pie, altísima, cada vez más bronceada, cada vez más rubia, por encima de la señora Ladon, minúscula, achaparrada, pálida, en su sillón tapizado de color naranja.

Reflexiona.

—Tómate tu tiempo, pequeña.

—La verdad es que no lo sé, señora Ladon.

—Entonces olvídate de mi estúpida pregunta.

Claire se acerca a la puerta vidriera abierta.

—Lo que sé es que he detestado ser huérfana y a la vez he detestado la vida en común. No soportaba vivir a las órdenes de mi marido y las exigencias de mis dos hijas. Pero, dicho esto, la verdad es que no sé si me gusta vivir sola. Creo que me fuerzo a creer que me gusta vivir sola.

—¡Yo no me fuerzo!, —exclama, a su espalda, la señora Ladon—. ¡Fue un verdadero descubrimiento! Me encanta estar sola. Entiéndeme, Claire, no te lo digo para que no cenes todas las noches conmigo, ni para que no intentes vivir aquí conmigo, pero adoro esas grandes playas de silencio en las que solo me pertenezco a mí misma. Mi marido, hasta el último día de su vida, me impuso sus horarios, su afecto, sus preocupaciones, sus proyectos, sus temores. Cuando lo pienso, es increíble: enseguida adoré ser viuda. Ni por un segundo me había imaginado que la soledad me gustaría tanto. No tuve que hacer ningún esfuerzo. Asistí a ello como si fuera una espectadora. Para gran sorpresa mía, mi duelo se transformó en unas grandes vacaciones. Yo respetaba las cualidades, y la ansiedad, y la honestidad, y la piedad de mi marido; pero de pronto me tomé unas vacaciones de sus tormentos. No grandes vacaciones: inmensas vacaciones. Sigo sintiéndolo así. Todo lo que compramos en Toulon se lo he dejado a los cuatro hijos que él tuvo antes de que nos casásemos. Volví aquí con nada, conmigo misma. Todo lo que hay aquí es solo mío. Incluso esa vieja granja en la meseta de Saint-Énogat, que perteneció a sus padres, es solo mía. Ya sabes, la granja de la que te di la llave el otro día, la que está en la landa, cerca de la granja de La Tremblaie. A propósito, ¿has ido a verla?

—No.

—Cuando me quedé viuda preferí adelantar todo lo que decía el testamento de mi marido para no deberles ya nada. Te voy a decir la verdad: fue para no tener que verles nunca más.

La señora Ladon entorna los ojos.

Claire cierra la puerta vidriera. Se vuelve hacia la señora Ladon. Se inclina sobre la mesa baja. Ordena los vasos, la botella, los taquitos de queso y los tomates *cherry* que quedan, los bastoncitos que quedan en la bandeja.

La señora Ladon, con los ojos cerrados, habla muy bajo:

—A la granja de arriba la gente de la región la llamaba La Tremblaie^[2], por los álamos. Mi suegro sostenía que fue un lugar de culto porque antaño a los álamos los llamaban árboles de fiebre. Mira lo que hacían: el enfermo cortaba la corteza con su cuchillo, aplicaba la boca a la resina que fluía, sin beberla, simplemente posando los labios sobre la muesca que había hecho y exhalando muy fuerte el aliento contra ella. Entonces decía, tosiendo muy fuerte sobre la resina: «¡Tiembra, tiembra más fuerte de lo que tiemblo yo!». E inmediatamente la fiebre pasaba al árbol, cuyas hojas se ponían a temblar. La enfermedad había abandonado el cuerpo.

—¿Era eficaz?

—Tan eficaz como los antibióticos. ¡Pero cuidado, es muy adictivo!

5

El agua de las marismas iba oscureciendo. La landa estaba rosa. Claire había preferido ver aquella granja a solas. Sola, para hacerse una idea ella misma, una opinión personal. No quería oír la opinión ni sentir la mirada de nadie más, para no forzar la suya. Tiempo habría de pedirle a la asistenta de la señora Ladon, la señora Andrée, que la acompañase. Giró a la derecha. Pasó ante el Poney-club.

Pasó ante la Ville-Géhan.

Pasó el búnker.

Cuando llegó a los matorrales, a las marismas, a las hierbas altas de la landa, se extravió.

El crepúsculo comenzaba a caer cuando recuperó la orientación.

En el suelo no se advertía ningún sendero preciso. O mejor dicho: el camino que conducía a la antigua granja se había borrado en la hierba. Descubrió un pequeño panel de madera que había quedado adherido al tronco de un árbol —que en efecto era un avellano—, sostenido por un alambre. No se había imaginado que la granja fuera hasta tal extremo invisible, incluso a los ojos de los senderistas. Dejó el coche junto al avellano del cartel. Había demasiados baches, demasiadas charcas, demasiada hierba para poder seguir conduciendo. Cerró las cuatro portezuelas con llave. Caminó durante un rato por la alta hierba, arañándose las pantorrillas en las zarzas. Atravesó un verdadero bosque de matorrales y de avellanos que rodeaba los pequeños edificios.

Aquello era minúsculo, silencioso, encantador, húmedo.

La granja fue edificada, en su día, al abrigo del viento, en lo hondo de una depresión del terreno, y pegada a un bosquecillo que la protegía de todas las borrascas marinas.

Un tejado de hangar, una placa de chapa ondulada, yacía por el suelo, apoyada en un banco, cantando de vez en cuando al viento.

Había un patio que se había transformado en prado, y un gran huerto agonizante, y una gran marisma cerca de la verja, orillada por un semicírculo de grandes cañaverales vivaces.

Los restos de un montón de estiércol entre la marisma y la escalinata de entrada. La granja se prolongaba en una cuadra, una leñera, un cobertizo, un establo.

Entró en el huerto lleno de ramas muertas. Dos cerezos, una hilera de perales, tres minúsculos melocotoneros, un ciruelo, una higuera, sin duda protegida del hielo por una especie de pozo recubierto de un matorral de moras, vinculado a la marisma por una acequia.

Reconocía los árboles de su infancia.

Al mirar las hojas en las ramas se imaginaba los frutos.

La noche iba cayendo poco a poco.

Aquí la luz era oscura, de tan mojado como estaba el suelo. El suelo estaba curiosamente hundido a causa del agua que fluía, o más bien que corría en dirección de aquel socavón, que se estancaba allí y excavaba caminitos que desembocaban en todas aquellas marismas llenas de mosquitos, de renacuajos, de babosas. Los árboles, las raíces de los zarzales, las mimbreras que rodeaban la marisma principal no lograban esponjar toda el agua. Y toda la vegetación se enredaba en una gran bóveda de hojas, proporcionando al lugar un maravilloso frescor en verano, y en otoño una humedad espantosa.

Claire avanzó sin preocuparse de las multitudes de caracoles cuyas conchas crujían bajo las suelas de sus zapatos.

En el cobertizo se pudría una carreta con las varas en alto que debía remontarse a antes de la Primera Guerra Mundial.

En la pocilga, al lado de los comederos vacíos, había montones de leña cubiertos de champiñones; una reserva de pedazos de carbón; montañas de botellas de vino que se habían bebido y dejado allí amontonadas.

Cuando introdujo en la cerradura la llave que le había dado la señora Ladon, giró en el vacío.

Empujó.

La puerta de la granja permaneció cerrada.

Claire intentó ver entre los gruesos postigos de madera de una ventana. Pero los postigos estaban pegados a la fachada por la humedad y la sal del océano. Claire los forzó; empezaron a sacudirse; logró despegarlos; abrió una primera hoja. Buscó por el suelo una piedra. Rompió con cuidado el rectángulo de ventana que quedaba a la derecha de la falleba, hizo caer los pedazos de cristal, deslizó la mano, alzó la falleba, abrió los dos batientes, subió, pasó la pierna por la ventana, se encontró en el interior de una gran cocina con el techo muy bajo.

A la izquierda había una inmensa chimenea.

En el interior de la chimenea habían colocado una vieja cocina de fundición.

Había una docena de sartenes negras colgadas de la pared.

Claire atravesó rápidamente la cocina, atravesó rápidamente una sala baja más pequeña y vacía, una especie de limpiabarros donde no se veía nada, subió la escalera. Por lo menos intentó subir la escalera, pero las rodillas le flaquearon.

Tuvo que sentarse un momento en un escalón.

Tuvo que salir, corriendo a toda velocidad, saltando por la ventana.

Un ataque de pánico la proyectó fuera.

Se encontró afuera, con el alma vacía, sentada en la hierba ante la marisma, con el vientre empapado en sudor, rebosante de angustia.

La noche se había vuelto completamente negra. Hacía frío. Se puso de pie. Alzó la mirada. Había numerosas nubes espesas, oscuras, que pasaban por el cielo.

Inexplicablemente, no encontró en la noche el camino de vuelta. Volvió a perderse en los zarzales, en los helechos, en las retamas, en las aulagas. En las marismas, cuando quiso volver al avellano del cartel y recuperar el coche. Erró por la landa. A lo lejos vio una luz. Se dirigió hacia ella en la oscuridad. Era la granja de La Tremblaie.

Mientras estaban hablando, bajo la bombilla desnuda, en el patio de la granja, el granjero de La Tremblaie echó mano a un pollo que pasaba ante ellos. Le retorció el cuello. Lo llevó a la cocina. Se volvió. Llamó a Claire para que entrase con él en la cocina.

—Tome una silla —le dijo cuando ella franqueó el umbral.

Pero Claire prefirió quedarse de pie en la cocina de la granja.

Tiempo atrás, cuando el hermano de su padre la apadrinó, vivió en una granja: la granja de Pont Touraude, una granja grande, en la bahía del Rance, después de Minihic-sur-Rance, cerca de la esclusa. Vivió allí cinco años con unos primos detestables.

El granjero de La Tremblaie volvió a salir al patio, se echó a correr detrás de otro pollo, lo alzó del suelo por el cuello y lo estranguló.

—¿Quiere quedarse a cenar, señora Ladon?

—Señora Methuen. Me llamo Claire Methuen. No, claro que no. Por nada del mundo quisiera molestarle. Lo único que quiero es encontrar el camino.

—Yo la invito.

—Entonces, encantada.

—Conozco a un Philippe Methuen que es granjero como yo, cerca de Le Marquerais.

—Es mi primo hermano. Yo era la sobrina de Armel y Guite Methuen, de Pont Touraude.

—Ese es.

Le tendió la mano.

—Me llamo Calève. Henri Calève. Pero usted puede llamarme como todo el mundo, tío Calève.

Estrechó la mano de Claire y la retuvo un largo rato entre las suyas.

—¿Va usted a poner en marcha la granja Ladon?

—Sí.

Ella retiró la mano.

—¿Solo para vivir en ella?

—¿Qué quiere decir?

—Una Methuen se instala en la granja Ladon: ¿no piensa cultivar la tierra?

—No. Solo vivir ahí.

—Es un alivio. No me hubiera gustado ver llegar competidores.

—No soy un competidor. No pienso criar ni un pollo. No pienso tener ni una conejera.

—Ni siquiera un pez rojo.

—Ni siquiera una pecera con un pez rojo.

—Vamos a brindar por la llegada de mi nueva vecina.

Saca dos copitas. Las llena de vino.

—Sabe qué, los pollos serán para mañana. Por la noche hay sopa. ¿Le va bien la sopa?

—Me va bien la sopa.

—Comeremos sopa, huevos, queso, café, galletas y orujo, y luego la acompaño a su coche.

—Se lo agradezco, señor Calève.

—De nada, señora Methuen. ¿Cómo le gustan los huevos?

—Pasados por agua.

El tío Calève volvió a dejar la cafetera sobre la mesa. Deslizó la mano sobre el hule, se llenó la palma de migas, se las tragó. Se levantó.

—Vamos allá.

Anduvieron poco rato en la noche bajo las espesas nubes que se iban.

Había en la landa, en la esquina del campo de maíz, la carcasa de un camión Citroën.

—¡Mire!

—No veo nada. Está demasiado oscuro.

—Fíjese en esa carcasa de camión Citroën. ¿La ve?

—Sí.

—Esa es la referencia en que tiene que fijarse para no desviarse cuando vaya a su granja.

6

El miércoles es día de mercado en La Clarté.

Llueve a mares pero el muelle y las escalinatas hierven de gente.

Claire empuja la puerta de la farmacia. Hay dos personas esperando.

Él alzó la vista.

Ella permaneció inmóvil; le estaba mirando.

Él la vio, la reconoció, bajó bruscamente la mirada. En el mostrador, junto a la caja registradora, su mano, que sostenía una receta, se puso a temblar.

Ella se volvió de repente, y se fue de inmediato, porque también a ella, de repente, le temblaba todo el cuerpo.

Hubiera querido correr. Llovía a cántaros. Era junio, en Bretaña. Era prácticamente imposible atravesar la placita. Toda la población, con los paraguas abiertos, los pañuelos de plástico transparente sobre el pelo, los cráneos calvos hundidos en los gorros, hacía las compras en las escalinatas, obstruía las callejuelas y las terrazas, se atascaba en el muelle de La Clarté.

Logra atravesar la multitud hormigueante. Tiene el cabello empapado. Lloro sin miedo, porque bajo la lluvia intensa que está cayendo nadie la puede ver llorar. Se dirige hacia el embarcadero del transbordador. Se compra solo unos botines de goma, en un puesto, mientras espera el transbordador que lleva a las islas.

Es de noche. Camina por la orilla. Ya no está en La Clarté. Ha abandonado el puerto de recreo de Dinard. Pasa bajo las ventanas de Fabienne. Todas las luces están apagadas. Cuando llega a la calle Mayor, tiene el valor de remontarla. Sube. Hay un café abierto. Duda. Hay gente, reunida en círculo, mirando un partido por la tele. No tiene ganas de oír ruido. Así que vuelve a bajar, sigue el paseo del Clair de Lune, pasa la playa

de L'Écluse, llega a la playa nocturna, está contenta de haber tomado la decisión de volver aquí. Está contenta de estar en Bretaña. Está contenta de caminar por las rocas, envuelta en el rugido del mar.

Son las ocho de la mañana. Suena el timbre de las clases en Saint-Lunaire. Ella apoya la abombada frente contra el parabrisas de su coche. Por la calle Mayor viene Gwenaëlle Quelen con el hijo de Simon. Gwenaëlle es menudita y siempre tan perfecta, tan encantadora. El pequeño se le parece como una gota de agua a otra. Tiene una belleza impasible y extraña. Es más alto que los demás niños. Es más tranquilo. Sostiene la mano de su madre a través de la reja mientras los otros niños aúllan a su alrededor. Tiene los ojos pálidos. Su cara triste es muy bella.

Es el timbre de las clases.

Ahora Claire ve desde arriba a los niños que se ponen en filas en el patio del recreo.

De repente los gritos se reducen a un murmullo.

Los alumnos entran en las aulas.

Silencio.

El patio está vacío.

Solo un rayo de sol oblicuo divide en dos el patio silencioso e ilumina los ladrillos rojos de la pared principal.

Gwenaëlle ya se ha ido. Claire sale del coche. Llueve un poco.

Pasea bajo la llovizna.

Luego se va de Saint-Lunaire. Se va a las tres Piedras Tumbadas y a la capilla. Llega a lo alto de la landa.

El cielo estaba completamente azul.

El viento venía del mar.

La minúscula capilla de Notre-Dame de La Clarté se alzaba en medio del campo de las Piedras Tumbadas. Eran tres grandes menhires tumbados en lo alto del acantilado. En Bretaña, la mayor parte de los campos de piedras del neolítico han sido rebautizados Notre-Dame de La Clarté. Esta palabra de *clarté*, claridad, tomaba el relevo de un culto que festejaba el nacimiento del sol, el nacimiento de la primavera.

Deja el viejo Cuatro L en el *parking*. Se desliza bajo la alambrada.

Atraviesa el campo de avena.

Pasa por la landa, pero no se dirige hacia la granja.

Toma por la plantación de mostaza, sigue la calle del Anse-au-Genêt y baja a la Plage-Blanche, a ver romper las olas.

El viento gira sobre sí mismo en la ensenada.

Las olas son muy altas y turbias.

Mientras giran se pulverizan en el aire.

Dos niñas estaban jugando en el límite de la línea de mar.

Las olas oscuras proyectaban hacia arriba gotitas blancas que el viento hacía caer sobre ellas con fuerza de torbellino.

El aire, al pulverizar la cresta de las olas, les empapaba las mejillas y la frente.

Ellas gritaban de felicidad. Relucientes por las salpicaduras, corrían arriba y abajo, bailaban dejándose llevar, como si también fueran olas, por el viento que soplaba en todos los sentidos.

Más tarde, al final de la playa, se reunieron con un hombre que estaba sentado entre dos perros inmóviles.

Claire alcanzó los prados del litoral, donde sus pies se hundían profundamente.

Sus botas nuevas, aunque recargadas con barro y conchas, eran idóneas para caminar por la arena de la orilla, y sobre las rocas más bajas. Le sujetaban los tobillos. Eran confortables. Caminó mucho rato. Los bajos de su chándal estaban pesados de hierba húmeda, de rocío y de mar. Cruzó la carretera, y tomó el camino de ronda de los Hermanos Lumière.

Volvió en coche, lentamente, en primera, a lo largo del sendero lleno de baches y de charcos, con un cajón lleno de botellas de agua, productos de limpieza, bayetas, un lote de cuatro paños amarillo, verde, rojo, azul, rollos de bolsas de basura, esponjas, cubos.

En la granja, la señora Andrée había abierto todas las ventanas. Ya había sacado la ropa enmohecida, viejas alfombras apolilladas, cortinas llenas de polvo, y lo amontonaba todo en una carreta.

Junto a la escalinata se amontonaban cuatro grandes bolsas de basura negras, ya llenas.

En las escaleras: una gorra de lana azul oscuro con una espléndida visera barnizada, paquetes de tabaco de mascar envueltos en papel amarillo,

frascos de perfume vacíos.

—¿Puedo quedarme con esto, señora Methuen?

—Claro que sí, señora Andrée.

En la cocina de la granja, Claire, de rodillas ante el vasar, saca de debajo un billar Nicolas^[3]. Saca dos peras de goma muy resacas, abolladas, inutilizables.

La señora Andrée, sentada a la mesa, ordena la vajilla.

Claire, después de haber vaciado el bajo del vasar, se dirige hacia el cuarto que sigue a la cocina (Claire lo llamaba el limpiabarros, la señora Andrée el trastero). A cuatro patas, sobre el embaldosado, saca y deja en la escalera dos aletas y unas gafas de submarinista, una garrafa, tres botitas de piel, una cantimplora de hierro, mapas de carreteras, manuales escolares, un molde de yeso, juegos de mesa infantiles.

Un pequeño semáforo de ferrocarril que aún funciona.

Un velero de hojalata con ruedecitas, que rueda.

Tiene las palmas de las manos empapadas de sudor.

Empuja sobre el embaldosado el velero de hojalata con ruedecitas que rueda, y rueda.

Aminora, sube al arcén, detiene el Cuatro L ante la esclusa. Alza el alambre de espino que cerca el campo del tío Armel.

Se inclina hacia delante pero es demasiado alta para pasar. Así que tiene que volver a ponerse a cuatro patas. Casi pegada al suelo, se desliza bajo el alambre de espino sin que se le desgarre el anorak. Sube por la colina hasta el árbol aislado en lo alto del campo. Desde ahí, tiempo atrás, podía vigilar la carretera hacia La Ville. Vuelve a ver el lugar. Procura representarse el paisaje tal como era cuando era pequeña. Entonces había tan pocos coches, los caballos cruzaban directamente por los campos, podías no ver ni a una persona en una hora.

Vuelve a ponerse en marcha, siguiendo la costa.

Frena.

Franquea la estrecha pasarela de La Bardelière.

Aprieta el acelerador. Pasa rápidamente ante la granja que ahora gestiona el primo Philippe. Quisiera verlo todo, de una ojeada, despavorida, pero le falta valor para detenerse.

2. Simon

1

Estaba lleno de felicidad. Ella venía hacia él, bajaba a toda velocidad la escalinata. Él vio que se acercaba muy rápidamente, como si volase, su alargada cabeza de pájaro, su frente abombada, sus ojos penetrantes. Cuando estuvo ya muy cerca, ya junto a él, cuando sintió su aliento, él se atrevió a acercarse aún más. Ella alzó sus ojitos negros hacia los suyos. Cuanto más la miraba, más resplandecía. Entonces la tomó por el brazo. De golpe recuperó su perfume, su olor, su cintura. Le tendía la mejilla, y él le dio un suave beso en la mejilla. Hundió el rostro en su cuello y en su cabellera.

De repente, él cogió su copa, que estaba sobre el mostrador.

—Vamos al patio.

Cuando estuvieron bajo el emparrado de la terracita, pegada al parapeto, él abrió los brazos, la tomó en sus brazos, la estrechó hasta que dejaron los dos de temblar, hasta que los latidos de sus corazones se calmaron, hasta que sus alientos se apaciguaron, hasta que sus labios se tocaron. Se unieron. Se besaron dulcemente.

Ella no había comprendido nada de lo que Simon acababa de decirle. Con la espalda empapada en sudor, solo había entendido:

—Vamos al patio de detrás.

Al fondo del café había una puerta de cuentas de vidrio tintineantes, dos mesas con bancos, una pequeña vid en una maceta de cerámica.

Allí se besaron.

Ella sintió una gota en el brazo.

—Va a llover.

—No, creo que no lloverá. Siéntate bajo la parra. Ahí, mira, estarás al abrigo.

Él le acercó el banco.

Ella se sentó a su lado. Llovía en su mano, pese a las grandes hojas de la parra que la cubrían.

—Te equivocas, Simon. Llueve.

—Claire, tranquila, que no son nubes de lluvia.

Cuando él posó la mano sobre la suave tela de algodón, ella sintió bajo el tejido de la ropa, que la pierna le volvía a temblar débilmente, sin que pudiera controlarla, bajo sus dedos, mientras les envolvía la tormenta tibia de junio.

Al borde del acantilado, junto a un bloque de granito gris claro, muy caliente, que al anochecer conservaba el calor del día, cubierto de líquen blanco y amarillo, había un matorral amarillo. Ella volvió a imaginarse inmediatamente el rincón de rocas de antaño, en la playa de Dinard. Porque ya entonces se citaban por la tarde junto a un matorral amarillo, en la parte oeste de la costa, por encima de los bancos de mejillones de L'Écluse, frente al promontorio del Moulinet.

Había que seguir el camino de ronda, subir pasando al pie de las villas, deslizarse al abrigo de un matorral de aulagas lleno de espinas y de pequeñas campanillas amarillas, acomodarse sobre una piedra ancha, plana y tibia, cubierta de líquen amarillo.

Se veían todas las casetas de la playa hasta el casino de Dinard.

A veces, él se reunía con ella por la tarde.

Pero la mayoría de las veces ella creía que se reunía con ella. Y le bastaba con creer que se reunía con ella para ponerse a hablarle, en su corazón, incesantemente, como si estuvieran juntos, y contarle todo lo que le hubiera pasado durante el día.

—Allí, mira, con el vientre todo blanco, es un pájaro bobo.

—¿Dónde?

—Justo en vertical sobre las retamas.

A partir de ese nuevo matorral amarillo situado en lo alto del acantilado —a medio camino y por encima de La Clarté y de Saint-Énogat—, había descubierto que si se asomaba podía verle salir del puerto en su barca de motor, entre las siete y las ocho de la tarde, pasar la torre, salir del canal, dejar a la derecha el fondeadero de La Clarté, volver a casa, a su mujer, a su

hijo, tan guapo y tan serio, a su casa que daba directamente sobre el mar, a Saint-Lunaire.

Durante meses enteros, durante todo el verano, anduvo y anduvo en un estado de intensa felicidad. Siempre salía de la landa, en la oscuridad de la landa, con la primera palidez del día, y bajaba las rocas. A veces volvía a subir después de cenar. La luz era incierta, dorada, granulosa, fabulosa. O muy oscura o negra. O pálida pero opaca. O verde pálido. Se instaló en la granja Ladon mucho antes de la fecha prevista, ya el 21 de junio, el primer día del verano, sin agobiarse ni esforzarse, sin intentar amueblarla, sin querer darle ni siquiera una mano de pintura, limitándose a fregarlo todo con la señora Andrée, a lavarlo todo con mucha agua. Le gustaba aquel lugar extremadamente sencillo, sin electricidad, sin fugas ni averías, posado sobre la misma roca y oculto entre avellanos. Para bajar al puerto, daba la vuelta al *parking* de la capilla de Notre-Dame; abajo el mar estaba deslumbrante; se metía en la escalinata que baja a pico; primero deslumbrada, con los ojos ardientes, durante los primeros cincuenta escalones tenía que bajar en el calor, en la luz, y de repente se encontraba hundida en la sombra del acantilado.

La repentina oscuridad inmediatamente le hacía sentirse presa del vértigo. Se agarraba a la baranda de hierro. No la soltaba. Ya no intentaba ver, allá abajo, los tejados de pizarra y las pequeñas siluetas de los hombres, ya tan precisas.

Una a una iban apareciendo las casas grises, con todas las flores de primavera en el alféizar gris de las estrechas ventanas. Ella apenas alzaba los párpados; todo estaba lleno de relieve y en aquel momento se perfilaba milagrosamente contra la sombra que devoraba el lugar hasta el muelle sobre el mar.

Cuando pasaba la iglesia de arriba, se acababa, era el antepenúltimo tramo. Entonces su alegría aumentaba. Después del presbiterio, embocaba la escalera de la oficina de Correos. Pasaba bajo la garita en la esquina de Correos, luego bajo el saledizo, sobre la farmacia de Simon Quelen, que la prolongaba, y empujaba la puerta de la farmacia; Simon la estaba esperando. Una de las primeras tardes, apenas llegó, él cerró todas las luces de la oficina, bajó la persiana eléctrica, anduvieron por el muelle, llegaron

al embarcadero de las lanchas, él le mostró la barca sardinera con la que pescaba, con la que se abastecía para la farmacia, con la que cada noche regresaba a Saint-Lunaire, a su casa.

Era una barca de seis metros de eslora, con un mástil, a la que le había incorporado un motor.

La llamaba su chalupa.

Más adelante fueron juntos a pescar lenguados, mújoles, rubios, pequeñas platijas moteadas de rojo.

Simon le mostró toda la costa desde el punto de vista del mar.

Todo lo que Claire ya conocía desde la infancia, desde siempre, desde el punto de vista de la tierra, desde el punto de vista de las rocas, desde los senderos escarpados, desde las escaleras verticales, desde la landa, ahora lo descubría desde el mar.

La noche del 14 de julio se sintió obligada a bajar al puerto para los fuegos artificiales. El tío Calève la recogió para bajar, con su Espace Renault. Fueron hasta Dinard, donde tomaron el transbordador de las islas para llegar descansados al puerto de La Clarté. Claire Methuen no quería que sus vecinos, sus nuevos conciudadanos, se sintieran ignorados. El muelle hervía de gente. Bailó con el tío Calève y el amigo de Évelyne. Bailó la farandola^[4] con Fabienne y con Noëlle. También estaba Mireille con su nuevo marido. Claire observaba al alcalde que invitaba a bailar, a una tras otra, a sus contribuyentes más viejas. Después de la farandola Simon se acercó a Claire.

Le dijo:

—Quisiera presentarte a mi mujer y a mi hijo.

Claire respondió:

—No me apetece.

—Se van mañana, para quince días, a casa de los padres de Gwenaëlle.

Ella le vuelve la espalda. Con un gesto se despide de Fabienne. Vuelve a subir sola los doscientos cuarenta y ocho escalones en la noche cálida.

Sube rápido. El corazón le duele.

El domingo 15 de julio de 2007, por la mañana, la esposa de Simon y su hijo se fueron de vacaciones a casa de los padres de Gwenaëlle.

Simon fue a buscar a Claire. Se embarcaron en la chalupa. Simon le quiso mostrar a Claire su casa. Sentada a proa, Claire contemplaba el mar.

Una acumulación de rocas —que el alcalde de La Clarté había hecho traer y hundir en el mar— formaba una especie de malecón.

El muelle de carga daba directamente a una cuesta cubierta de césped.

Él atracó, se incorporó, le tendió la mano, pero ella no quiso desembarcar. No quiso entrar en su casa.

Al día siguiente, lunes, en un lugar de la costa que era de difícil acceso, él volvió a tenderle la mano. Luego anudó una cuerda alrededor de su cintura. Aquella falla, situada detrás del muro de roca, no era visible. Era muy oscura. Cuando empezabas a bajar no podías ver el fondo.

—Pasa delante de mí —le gritó Simon.

Claire bajó a lo largo de la pared, agarrada a la cuerda.

Posó el pie sobre un neumático.

Al fondo de la falla lo primero que había eran muchos desperdicios. Estaba el techo alquitranado de un hangar de barcas cubierto de neumáticos, pedazos de goma, bolsas de plástico de supermercado, luego había matorrales, zarzales, hierbas, juncos, moras, montones de paja. Más adelante ella volvería con unas tijeras de podar. Abrió una especie de camino angosto que lograba llegar hasta el curso de agua que ella deseaba ennoblecer.

Un minúsculo valle seguía el fondo de la falla hasta una cala que apenas se veía y a la que no se podía acceder, por el desprendimiento de las rocas del acantilado.

Se amaban allí, invisibles entre la madera muerta, los pecios, los plásticos, los neumáticos, la oscuridad, las rocas a flor de agua.

Ella descubrió muy pronto, a la edad de trece años, que cuando se tocaban sentía una debilidad extraordinaria. Era una experiencia muy extraña, que en toda su vida solo sintió con Simon. Antaño, cuando estaba en sus brazos, cuando sentía su sexo duro, era como si le entrase sueño. Ahora de nuevo, cuando está en la falla, cuando está con él en el pequeño valle, cuando está en sus brazos, sufre casi un desmayo, una atonía creciente, extremadamente antigua, casi más antigua que el sueño. Y vuelve a ser como antes. Cada vez que le desnuda, cada vez que le ve desnudo,

siente ganas de caer, los párpados se le cierran automáticamente, los ojos apenas ven lo que ella hace, lo que él hace.

El cielo estaba completamente blanco. Estaban en la playa de Dinard. Ella miraba a su alrededor.

A diez metros de distancia, un hombre joven, con el torso desnudo y tocado con una gorra con la visera vuelta hacia atrás, sentado en una roca, con la espalda quemada por el sol, se bebía una cerveza. Ella bajó la mirada, siguió con la vista la duna minúscula, la barrera de madera blanca, el sendero que bordeaba las rocas y la espuma de las olas.

Dijo:

—Simon, soy feliz.

—Yo también.

Se callaron.

Ella le tocó el codo.

—¿Te gustaría venir a mi casa? ¿Ahora?, —murmuró ella.

—Eso no puedo hacerlo —respondió él.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que tú no quieres venir a la mía.

—¿Qué respuesta más lamentable!

—No.

—Creo que es una respuesta muy a la Simon.

—Sí —dijo Simon.

Ella se acostumbró a bajar con la cuerda, sola, al interior de la falla, llevando una mochila de *nylon* blanco con algo de comer, de beber y de fumar. Le esperaba entre los pájaros y los cangrejos.

Pese a la cuerda, bajar sola era un poco incómodo y peligroso, porque había que deslizarse entre residuos y herramientas agrícolas oxidadas y rotas. Pero si una no se rendía, si pasaba sin herirse, si se lavaba los pies en el agua, si se desnudaba, si se lavaba toda entera, si se echaba en el pequeño valle de un metro de ancho, siempre lleno de sombra, siempre fresco y oscuro, estaba en el paraíso.

—Ahora, Simon, vas a decirme: «Te llamaré», y no me llamarás.

—No, Claire, voy a decirte: «No te llamaré». Y en el caso de que te llamase no deberías venir.

—¡Dios mío —dijo ella—, cuántas cosas imposibles te habré oído decir!

Tienen trece años. Simon tiene la misma edad que Claire. Apenas dos meses más que ella. Sale del agua, corriendo entre los bancos de mejillones. Hay marea baja. El viento viene del norte. Es un viento helado mientras que el mar aún está tibio del calor almacenado durante todo el verano. Esta será la vuelta al cole, a la clase de tercero.

Ella sigue sentada detrás de su roca, al abrigo de su matorral amarillo sobre la playa de L'Écluse.

Él asciende hacia ella con dificultad, pasando por los bancos de mejillones, agarrándose a las rocas.

Simon se sienta un poco por debajo de ella, las nalgas sobre el granito negro. Ella le mira temblar de frío, reluciente de agua. Ella se levanta. Alcanza la toalla. Lo envuelve con la toalla.

—Has ido muy adentro. Ya no te veía.

—El agua está muy buena.

—Parece fría.

—El agua es mejor que el aire.

Lo seca. No se atreve a secarle el bañador, empapado, negro, brillante, abultado. Le mira las piernas, cubiertas de vello nuevo. Le mira la cara. Mira su nuez de Adán, pronunciada y nueva. Se aparta de él. Extiende la toalla. Alisa los pliegues para que él pueda tenderse.

Él se sienta a su lado.

Ella mira su mano posada en la roca de granito.

Tiene la piel de los dedos arrugada por el agua del mar.

Ella posa suavemente la palma de su mano en el revés de la suya. Simon aparta vivamente la cabeza, pero no retira la mano.

Está temblando.

—Mañana, para nuestro último día de vacaciones, nos bañaremos juntos.

Él murmura una especie de sí.

—Iremos tan lejos como quieras —dice Claire.

Claire acaricia los dedos de Simon. Piensa en el instituto. Ve que ahora su sexo hincha violentamente la tela de su bañador. Entonces retira la mano.

Se levanta.

—Tienes frío —le dice.

Ella está de pie.

—Deberías vestirme.

—Quédate —le dice él.

Pero ella le hace levantarse tirándole del brazo.

—Ven —le dice—. Estoy harta de estar sentada.

Él se ha puesto de pie. Está triste. Se acerca. Se aprieta contra ella. Sigue estando mojado. Ella siente su sexo duro latiendo entre sus dos vientres. Él posa su boca sobre sus labios. Se besan. No es la primera vez que se besan, pero por primera vez se besan largamente. Ella se aprieta contra él. Aún se están besando cuando de repente ella siente que a él se le corta la respiración. Su aliento gime en sus labios. Ella sigue pegada a él un ratito más. Bruscamente, se aparta. Él no la mira. Ella le suelta la mano.

—Te espero —le dice sin mirarle.

Él vuelve al mar.

Al principio del mes de julio de 1977 los dos aprobaron el bachillerato. En julio, Simon se fue de vacaciones con sus padres. En agosto fue a casa de sus abuelos. Volvieron a verse a finales de septiembre. Fue después de que Paul volviese a clase en Pontorson. Eran vísperas del curso universitario. Simon se iba a Caen a estudiar medicina. Claire iba a estudiar varias lenguas en Rennes. En Dinard, al camino de las aduanas lo llamaban el paseo del Clair de Lune.

—¡Te he estado esperando dos horas!, —dijo Simon ante la casa en el paseo del Clair de Lune.

—Estaba con Paul —dice Claire.

—¿Y qué?

—Perdona. Estaba con Paul.

—¿No sabías que te estaba esperando?

—Sabía que me esperabas, pero no sabía que hoy llegaba Paul. Ha vuelto en el autocar. Pasa a clase de cuarto. Mi hermano solo viene aquí una vez al trimestre. No iba a dejarle solo en casa. Nunca te acuerdas de que ahora él y yo estamos completamente solos en casa de nuestros padres.

—Porque no quieres que yo vaya a tu casa.

Ella no responde. Siente su mano tibia apoyada en su espalda. En la esquina del camino de ronda están al abrigo del viento. Él la atrae hacia sí, sus labios rozan el metal de la cremallera de su anorak, ella cierra los ojos.

—Mañana me voy a Caen —le dice él.

—¿Nos escribiremos?

—Claro.

Desde Rennes, ella le escribió. Desde Caen él le escribió. Luego dejaron de escribirse. Desaparecieron.

—No te imaginas cuánto me alegra que vengas a verme.

Claire está de pie, en el salón, ante la mesa del fondo. Ahora, cuando llega, va a ver las nuevas películas que la señora Ladon ha comprado o las que ha alquilado en la tienda de DVD de Saint-Malo. Oye a lo lejos, en la cocina, el hervidor de agua, que ronronea y luego gruñe. Oye el ruido de la porcelana cuando se posa sobre la bandeja. Tintinean dos cucharitas. Una suela golpea el suelo. Aparece la señora Ladon. Deja la bandeja ante el canapé, en la mesa baja, se inclina hacia el té, deposita lentamente, sin hacer ruido, la tetera sobre la bandeja, tiende el azucarero, Claire se sienta, dice que no con la cabeza, la señora Ladon toma un terrón de azúcar blanco que desliza en su taza sin rozar la pared de porcelana, dejando que se funda un poco antes de soltarlo, se deja caer en su sillón naranja, deja extendida la pierna enferma. Se inclina hacia delante, se estira el borde de la falda.

Por fin se relaja.

Entonces cierra los ojos.

Sin abrir los ojos, la señora Ladon dice:

—Si quieres puedes fumar.

—Puedo fumar fuera.

—Quédate aquí.

—¿De verdad no le molesta?

—En absoluto. Siempre me ha gustado el olor. Y no solo el olor, los gestos también me gustan.

Abre los ojos.

—Es una danza extraña, ¿sabes?

Vuelve a cerrar los ojos.

—Una danza muy tranquila. Muy bella. El humo asciende.

Apenas entorna los ojos.

—¡Adelante, pequeña, fuma!, —ordena la anciana suavemente.

Claire enciende un cigarrillo. Entonces la señora Ladon dice:

—Siento que pronto me voy a morir.

—Señora...

—Calla, pequeña —responde ella en tono seco—. Por favor. Déjame hablar. Es el momento. Estoy bien. Descanso. Lo que va a suceder es esto. Creo que dentro de un mes, quizá dentro de dos meses, estaré en el asilo para ancianos que está al lado del hospital de Saint-Malo. Ya he reservado la habitación. Ya he pagado. La ventana da sobre la dársena. Está muy cerca de la tienda de vídeos. Todo está muy bien pensado. Cuando ya no pueda moverme, en cuanto empiece a sufrir, todo estará listo.

Claire se levanta.

—Usted está muy bien, señora Ladon. Le aviso de que si sigue hablando así me iré.

—Aunque no quieras saber nada, aunque te vayas a Alaska o al Perú, tu ignorancia no va a cambiar mi estado de salud —replica la señora Ladon.

—¡Dios mío!, —grita Claire.

—Tampoco veo en qué me puede ser útil una divinidad.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues claro que puedes ayudarme. De hecho, no tengo a nadie más que a ti.

—No me diga estas cosas, señora Ladon, o me echaré a llorar.

—¿A quién más quiero? En este momento de mi vida, solo te quiero a ti. Esto es lo que hay. Lloro si quieres. Lo principal es que te sientes, que fumes tranquilamente el cigarrillo y que escuches bien lo que te digo.

Claire se sentó. Trataba de no hacer ruido y no echarse a llorar.

—Examinemos las cosas con frialdad. Tú ya no tienes madre. No sé por qué, cuando te volví a ver, un día de mercado, en la plaza de Dinard, justo delante de ese horrible edificio de Correos, llegaste a mi vida como mi hija. Vives en una granja que es mía, con ello quiero decir que no es tuya, y que si yo muero todo se te complicaría mucho si quisieras quedarte.

Pero Claire ha abierto la puerta vidriera. Ya ha salido al jardín. Hace mucho calor. No corre el aire.

Quizá un minúsculo soplo de viento circula sobre la gran hortensia azul. Pero aquel verano el viento era como un recuerdo. Un poco de polvo intentaba elevarse alrededor de un zapato, en el borde del zapato, pero enseguida volvía a caer. El viento se había hecho muy raro. Cuando soplaba el viento se decía:

—¡Oh, hay viento!

La gente miraba las ramas, las hojas, miraba la ropa tendida, miraba las telarañas, pero nada se movía, ya se había ido.

Para regresar pasó por las rocas. Se agarraba, ascendía penosamente.

Caía una noche extremadamente calurosa.

Se mantenía en su abrigo de rocas, entre los pequeños brezales, con la mejilla apoyada en el bloque de granito caliente, en los pequeños líquenes amarillo oro. Era sábado. Aunque solo fueran las nueve de la mañana, ya hacía mucho calor. Vio llegar —con dificultad a causa de la cortina de niebla que se desplazaba a lo largo de la costa— a Simon, su esposa, su hijo. Se encorvaron para subir al muelle. Al niño se le escapó el balón de fútbol. El niño salió corriendo. Simon atrapó al niño, se inclinó sobre el muelle, se arrodilló sobre los viejos adoquines, tendió el brazo, agarró el balón en el agua del puerto.

El calor siguió subiendo.

Los pájaros dejaron de trinar.

El canturreo de los insectos hizo una pausa.

A partir de las nueve, nueve y media de la mañana, ella volvía. Le dejaba el sitio a los turistas y a los senderistas. Los senderos eran tan angostos que todos caminaban en fila india, interminable, ruidosa. Comían por todas partes. Bebían por todas partes. Por todas partes olía a orina.

El cuero de los sillones y de los sofás quemaba. Cada dos minutos tenía que levantarse para despegar las piernas desnudas del asiento *beige* del Cuatro L.

—Nos veremos en el restaurante indio de la plaza —le dijo Simon.

—De acuerdo.

Apagó el móvil.

Fue la primera en llegar.

De cada ventanita colgaban dos minúsculas cortinas de *nylon* amarillo.

Se sentó en un sillón de madera esculpida, y estiró las piernas desnudas, sudadas, sobre un puf afelpado.

Consultó la pantalla de su móvil. El alcalde de La Clarté llevaba cinco minutos de retraso.

Posó la palma de la mano sobre la tetera humeante en el aire tórrido. Se levantó.

—¿Cuánto le debo?

Se fue.

Antes de meterse dentro del Cuatro L abrió las cuatro portezuelas.

Su móvil volvió a vibrarle en la mano pero no era Simon. Era la señora Andrée. La señora Ladon se encontraba mal, a causa del calor.

En el hospital, desde la ventana del cuarto, más allá de la dársena Bouvet, se veía la esclusa del puerto.

—Tutéame —le pidió.

Ella lo intentó con todas sus fuerzas.

No lo consiguió.

—Llámame «mamá» —volvió a pedirle la señora Ladon.

Claire fue incapaz.

—Llámame «mamá» —repitió por tercera vez la señora Ladon.

—No puedo —confesó Claire.

No supo qué más decir. Claire tomó la mano que pendía de la cama. Acarició los dedos de la señora Ladon.

De repente, la enferma quiso un cigarrillo.

—No se puede, ¿verdad?

—No.

—Entonces me apetece.

Claire miraba la muñeca, desarticulada y puntiaguda, y los dedos, finos y torcidos, entre los cuales deslizó un cigarrillo.

Los dedos de Claire prendieron una cerilla.

Acercó la llama temblorosa, que agregaba calor a la atmósfera ardiente, al rostro brillante y turbador de la señora Ladon que agonizaba.

3

La despertó el ruido de una silla que alguien había derribado sobre el embaldosado de la planta baja.

Luego sonó una pequeña detonación que venía de la escalera.

Fue seguida de un crujido, muy cerca de ella.

Alguien andaba por el piso y sus pasos hacían crujir el parqué.

Aquellos ruidos eran verdaderamente insólitos.

Abrió los ojos.

Se sentó en la cama. Estaba desnuda, no había puesto sábana encima, hacía tanto calor, qué más daba, se levantó precipitadamente.

Abrió la puerta de su cuarto, el pasillo estaba sumido en la oscuridad.

Contuvo la respiración.

Oyó otro ruido en el cuarto de la izquierda. Descalza y de puntillas, avanzó.

Pero cuando iba a pasar junto a la escalera vio, aún en la caja de la escalera, una silueta oscura que salía del cuarto de Paul.

Claire se quedó inmóvil.

La silueta avanzaba hacia ella sin verla. Se trataba de una mujer más bajita que ella. Llevaba alrededor de la cara un *foulard* oscuro. Y llevaba algo en la mano.

Claire permanecía quieta.

Le pareció que reconocía aquel cuerpo.

La mujer menuda, muy bien hecha, que se parecía extrañamente a Gwenaëlle Quelen, huyó escaleras abajo.

Claire vaciló, porque iba desnuda, pero la persiguió.

La puerta de la granja Ladon batía en la noche. Claire no pudo cerrarla. La cerradura había sido forzada. Abrió la puerta de par en par. Miró fuera.

Todo estaba silencioso.

El interior del Cuatro L estaba irrespirable. Olía a goma. Prefirieron salir del coche y sentarse en la terraza del café de Saint-Briac, en el puerto. Los tenderetes de las subastas estaban vacíos.

Simon no se creía una palabra de lo que Claire le estaba contando.

El sol se ponía. El agua espejeaba hasta el punto de que si uno miraba demasiado rato el mar inmenso, le escocían los ojos.

A la izquierda, un tractor arrastraba nasas sobre la arena mojada de la playa en dirección al camión frigorífico. La marea estaba alta. No dejaba más espacio que un angosto arenal oscuro. La arena estaba llena de guijarros negros. El increíble calor trazaba ondas en el aire, que avanzaban como grandes serpientes blanquecinas que deformaban las cosas encima de la playa y de las piedrecillas de negra diorita.

Aquel año no hubo otoño. Persistía el calor. Y sobre las rocas persistía la belleza. El mar brillaba como oro, cada día.

La señora Andrée llamó a Claire. Le explicó que habían tenido que llevar a la señora Ladon a la unidad de reanimación, en Rennes. De inmediato Claire subió al coche y se fue a rezar a los tejos del Eure. Hizo lo que hacía cuando era niña: los dos tejos de La Haye y el autillo del Routot, y entonces quedabas protegida de todo. Luego, la señora Ladon fue devuelta a Saint-Malo.

Claire iba al hospital cada día.

Cada día bajaba en coche a Dinard, tomaba el barco de las islas, desembarcaba en Saint-Malo. La señora Ladon ya no era más que piel y huesos. Los dedos de la señora Ladon se habían secado por completo. Su piel recordaba las hojas suaves y velludas de los olivos o de las lavandas.

Las rosas estaban pegadas al suelo, mancilladas por los terribles tornados de la tormenta, aplastadas por las ruedas de los coches y de las caravanas que ya se habían ido.

Cerraron de golpe las dos puertas del Cuatro L al mismo tiempo.

Salieron del *parking* sin decir palabra.

Siempre sin decir palabra entraron en el nuevo parque natural. A la orilla del lago había bancos de metal pintados de azul.

Se dirigieron hacia ellos.

Todos los patos salieron de los juncos, se acercaron, les hablaron. Reclamaban que se les alimentase. Pero Claire y Simon no llevaban nada encima.

Entonces los patos y las patas les miraron con desdén. Comprendieron que no les echarían nada. Se alejaron en silencio.

Entonces Claire y Simon, a la vez, de pie el uno delante de la otra, Claire más alta que Simon, se cogieron de la mano, las cuatro manos se alzaron; hablaron, gesticularon, se callaron.

Bajaron los brazos.

Se sentaron sobre el banco mojado. Miraron el agua caer sobre el agua.

El domingo 28 de octubre de 2007 fue el cambio de hora. El domingo 28 de octubre, a las diez, fue el día en que Claire y Andrée llevaron a la señora Ladon de vuelta a su casa, en Saint-Énogat. El domingo 28 de octubre, además, es el día de san Simón y san Judas.

Cuando la señora Ladon volvió a encontrarse en casa, cuando ingresó en el agradable calor y en el buen olor de su casa, la expresión dolorosa de su rostro se borró, y su vida se suavizó.

La señora Andrée dejó una fiambarrera en la mesa baja.

—He encontrado *flions* en el mercado. Le he puesto la pasta a calentar. Usted solo tendrá que ponerlas en el microondas.

—¿A qué le llama usted *flions*, Andrée?

—No sé cómo llamarlas.

La señora Ladon se inclina, las manos le tiemblan, consigue soltar la tapa de la fiambarrera.

—Ah, esto. En Toulon las llamábamos chirlas.

—Ya verá, con la pasta están muy buenas.

—Estoy segura. Andrée, es usted perfecta.

—El 28 de octubre, cada año, por san Simon, por la noche, —explica la señora Andrée—, cuando todo el mundo estaba en casa, se comían las primeras castañas hervidas en leche. Las chafábamos con el tenedor. Eran bastante malas. Al día siguiente, al amanecer, a la hora de atizar las brasas y reanimar el fuego con pedazos de cartón o de cajas recogidas en el mercado, las poníamos junto a las brasas. Y cuando las castañas estaban

asadas, íbamos a la iglesia, al cementerio, para dejarlas sobre la tumba de la familia.

—¡Por fin se ha ido!

La señora Ladon se levanta del sofá ayudándose con el bastón. Está flaca como un alambre. Avanza por el pasillo. Tantea prudentemente el terreno con la punta del bastón. Muestra con el bastón la doble puerta.

—Claire, ven a ver. Mira. ¿Podrías prepararme un poco de pintura?

Claire se acerca. Ve la pintura reseca.

—Claro.

La señora Ladon vuelve de la cocina lentamente, arrastrando la pierna izquierda. Trae una fuente con una rama de tomatitos *cherry*.

Claire dispone sobre la mesa baja la bandeja, los vasos, el chablis helado.

—¿Le duele?

—Esta pata ya se ha quedado tiesa.

Se sienta cuidadosamente. Coloca la pierna sobre el revistero. Alzan las copas. Brindan.

Claire tiende a la señora Ladon la fuente de los tomatitos.

La señora Ladon muerde un tomate *cherry* y entorna suavemente los ojos como si el tomate tuviera un gusto exquisito.

Luego mantiene los ojos cerrados.

Se pone a hablar con los ojos cerrados.

—Esúchame, otra vez, pequeña. Quisiera pedirte un favor. Llevo tiempo dándole vueltas. ¿Me estás escuchando?, —pregunta la señora Ladon, muy bajito.

—Sí.

—¿No te gustaría ser hija mía?

De pronto la señora Ladon abre los ojos y mira a Claire de frente.

—Estoy sola —dice la señora Ladon—. Tú también estás sola.

—Tengo a mi hermano.

—Yo también tuve hermanos. Se han muerto, pero tampoco les quería.

—Yo sí quiero a Paul.

—Lo que tú digas. De todas formas eso no tiene nada que ver. No pienso legarles mi casa a mis sobrinos ni a lo que queda de mi familia

política. La heredé de mi padre y la he arreglado a mi gusto. A propósito, ¿has ido a ver la granja en la meseta?

—¡Pero si hace al menos cuatro meses que me instalé allí! ¿No se acuerda, señora Ladon?

—Me alegra enterarme. ¿Y qué tal?

—Pues muy bien, señora Ladon. Ya se lo he dicho. Es muy sencilla, muy sobria, muy limpia. Lo limpiamos todo a fondo con la señora Andrée. El edificio principal es muy fresco. Durante todo el verano, cuando el sol pegó tan fuerte, tenía sombra. Estaba maravillosamente fresca. La señora Andrée y yo estuvimos una semana vaciándola, fregándola y arreglándola antes del verano, ¿no se acuerda?

—Claro que me acuerdo. La pierna me duele demasiado para que vaya a verlo. Todo es un trastorno.

—Sí.

—Claire, te conozco desde que eras pequeña.

—Sí.

—Déjame hablar un poco, por favor.

—Sí.

—Te has trabajado el Czerny, y el Hanon, y estabas empezando tus clásicos preferidos cuando te quedaste huérfana.

—Sí.

—Tu tía se murió cuando estábamos llegando a las barcarolas de Fouré.

—Exacto.

—Como ves, sigo teniendo buena memoria.

—Sí.

—En fin, que estás muy sola y yo estoy muy vieja. Lo has comprendido perfectamente. Tú y yo vamos a firmar algunos documentos.

Claire se ha puesto de pie. Se queda callada. Esta proposición le parece espantosa. No sabe por qué este parentesco súbito la aterroriza. Es incapaz de agradecerle a la señora Ladon la proposición que acaba de hacerle.

En el espigón, las seis niñas de la Rennaise van con patines de ruedas. La frente fruncida, los labios retraídos, las faldas hinchadas al viento, muy silenciosas, ruedan a toda velocidad, siguiéndose.

Claire se pasaba horas enteras contemplando a las seis niñas que se alejan, danzan, evolucionan, ondulan, vuelven, se escapan hasta que su madre grita que suban para comer y hacer los deberes.

Avanza inclinada a favor del viento, la cabeza por delante, los cabellos tiesos y blancos cayéndole sobre los ojos, lo más cerca posible del borde del precipicio.

Hace frío.

Ahora el sol se ha alejado por el cielo.

Ahora las cosas tenían colores extraordinariamente variados. Ahora se podía ver sin ser cegado o deslumbrado. A veces, lo real volvía. A veces la noche iba penetrando poco a poco en los días. A veces el alquitrán era sólido e hiriente. A veces se podía olvidar la felicidad del verano. A veces había que volver a luchar contra el viento y protegerse del frío.

Era al día siguiente a Todos los Santos.

Ella caminaba en la niebla, por las alternancias de arena, légamo, algas, grava, conchas.

Se acercaba el alba, volvía el rocío.

Ahora, con el alba, una especie de aguanieve se posaba sobre las piedras.

Entonces era como si el camino fuese de cristal.

Volvía de ver a Simon. La maravillaba lo bello que era el camino que atravesaba la landa.

Es por la tarde. Ella ve el humo que sube del bosque de avellanos, enfrente, en medio de la landa.

Lo admira.

De repente la larga humareda negra se inclina bajo la fuerza del viento, se dirige hacia el sol poniente.

Ella frena bruscamente el coche en el camino.

Sale corriendo.

Delante suyo, un incendio hacía arder el bosquecillo que rodeaba la granja Ladon.

En medio del bosquecillo, las llamas consumían el edificio principal.

Bomberos, personal de la talasoterapia, había un montón de gente, la mayoría impotentes, mirando.